

Ideología - Política

CLARISA HARDY (Editora)

# Ideas para Chile

Aportes de la Centroizquierda



Prólogo de Michelle Bachelet

Ciencias Humanas



# Fin de ciclo y perspectivas de la centroizquierda

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

La elección presidencial del 2010 marcó el fin de la era de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia. Empieza así un nuevo ciclo de la política chilena en que la derecha gobernará en un régimen democrático después de cincuenta años en que no triunfaba en una elección de este tipo. Pero lo cierto es que, desde mediados del gobierno de Bachelet, último gobierno de la Concertación, ya se hablaba de un término de ciclo o de un nuevo ciclo, referido esta vez a la coalición más que al conjunto de la política chilena.

En este artículo examinaremos separadamente el doble fin de ciclo -en el entendido que se trata de dos fenómenos distintos que coinciden dramáticamente en la elección presidencial de 2010- para luego extraer algunas consecuencias para el futuro en torno a la posible refundación de la política chilena post dictatorial.

## I. La Concertación y el primer fin de ciclo

La cuestión del nuevo ciclo para la Concertación aparece como una respuesta a las incertidumbres sobre el futuro de la coalición gubernamental en la perspectiva de las elecciones presidenciales de 2010 y ante signos de divisiones internas, desgaste de años de gobierno y falta de un nuevo relato o una nueva épica, como se decía, y debates sobre profundas transformaciones de la sociedad chilena introducidas por los gobiernos de la Concertación, pero sin la capacidad de comprender su significado. A la frase corriente que “no podía haber más de lo mismo”, algunos replicaban que, precisamente, lo que se había hecho permitía que se ganaran las elecciones y que el país avanzara, por lo que había que mantener la continuidad y corregir errores. De algún modo este debate se mantuvo durante la campaña y tuvo su expresión más dramática en la presentación de dos candidatos emergidos de la Concertación, que apelaban al mismo electorado, y un tercero, si bien de origen concertacionista, que claramente optaba por otra fuerza política.

## *El proyecto democratizador incompleto*

A nuestro juicio, esta primera idea de fin de ciclo o de necesidad de un nuevo ciclo no se hizo cargo de una doble realidad. Por un lado, lo esencial de la política chilena no había cambiado, aunque la sociedad hubiera cambiado -sobre eso volveremos- en el sentido que la misma institucionalidad, los mismos actores y la misma problemática de una sociedad post pinochetista seguían vigentes. Es decir, el proyecto democratizador de la Concertación no se había completado, por lo que, en cierto modo, estábamos en un mismo ciclo histórico político que sólo terminaría si se superaba la sociedad post-pinochetista y se pasaba a la sociedad democrática del Bicentenario, en la que un nuevo proyecto era posible de ser planteado. Pero, por otro lado, el actor político principal de este ciclo, la Concertación, sí parecía agotado e incapaz de superarlo. Las tareas históricas de la Concertación no se habían completado, pero la coalición debía ser refundada y no sólo renovada, en la medida que ya no poseía la capacidad o fuerza política, ni las condiciones de convocatoria para realizarlas.

¿Por qué decimos que no se había completado el ciclo democratizador, de modo que lo que estaba en cuestión no era sólo un nuevo proyecto en torno al que renovar o refundar la Concertación, sino el análisis autocrítico del fracaso en completar su tarea, pese a todos los logros de sus gobiernos?

Porque los pilares del Chile post-pinochetista seguían y siguen incólumes. Primero, una institucionalidad que consagra un régimen semi-democrático con un empate político entre las fuerzas identificadas hasta ahora con la herencia de la dictadura y las fuerzas democráticas. Empate que se proyecta a todas las instituciones impidiendo su transformación, expresado principalmente en la Constitución, las leyes orgánicas constitucionales y las de quórum calificado, el nombramiento de autoridades y miembros de diversas instancias del Estado (Corte Suprema, Tribunal Constitucional, Consejo de Televisión, por citar sólo algunos ejemplos), todo lo cual impide la real expresión de las mayorías y la soberanía popular. Segundo, un modelo socio-económico preservado por esa institucionalidad que genera y reproduce desigualdades y concentraciones de poder y riqueza insuperables y que limita seriamente el papel dirigente, corrector y regulador del Estado.

La pregunta elemental es, entonces, ¿por qué la Concertación no pudo o no supo o no quiso completar su proyecto democratizador y pasar a otro ciclo de la política en Chile?

Hay aquí dos tipos de respuesta, ambos válidos. El primero, es por la férrea defensa que hizo la derecha opositora a cualquier cambio fundamental en la institucionalidad y en el modelo socio-económico, para lo que contaba

durante largo tiempo con mayoría en el Senado y con un sistema electoral y de quórum legislativo que le aseguraba un poder de veto. Se debe recordar la gran cantidad de proyectos enviados por el Ejecutivo durante los cuatro gobiernos de la Concertación con el fin de realizar cambios en los dos puntos mencionados, especialmente el sistema electoral, que fracasaron por la oposición de derecha. Si a esto se agrega el papel de los medios de comunicación y de poderes fácticos de jure como el poder judicial y el Tribunal Constitucional, las mismas FFAA hasta el 2003, es posible percibir la dura oposición que encontró la Concertación para realizar estos cambios, sin los cuales la democratización chilena -no hablemos de transición que ya había terminado con la inauguración del primer gobierno democrático- quedaba irremisiblemente incompleta.

Hay que hacerse cargo aquí de la crítica proveniente de sectores fuera de la Concertación en el sentido de que el tipo de transición condenaba necesariamente a la coalición gobernante a quedar presa de la institucionalidad heredada y de las presiones de la derecha y los militares para conservar "lo esencial" del régimen militar. Si ello fuera cierto, entonces habría que haber pensado enteramente otro diseño de transición, que implicara el derrocamiento de la dictadura. Lo cierto es que hubo otros diseños en juego en los ochenta, todos ellos fracasados, y que la participación en el plebiscito y triunfo electoral de 1989 fueron un avance decisivo en el término de la dictadura y la inauguración democrática. Pero también hay que hacerse cargo del contra argumento utilizado por los sectores predominantes de la Concertación, que al defender el tipo de transición, asumen que todo lo que se hizo durante el proceso de democratización era lo único posible dadas las determinantes institucionales y de poder de las fuerzas del régimen, con lo cual entonces todo debate y análisis críticos son inconducentes: la política pierde su sentido de búsqueda y disputa de alternativas, porque hay una sola posible.

### *La trampa del éxito y el ejercicio del gobierno*

Y esto nos lleva al segundo tipo de respuesta a la pregunta de por qué la Concertación no fue capaz de completar su proyecto democratizador, esta vez relacionada con su propia responsabilidad política.

Por un lado, está lo que hemos llamado la trampa del éxito, es decir, la percepción de que al hacerlo bien en materia de estabilidad y crecimiento económicos, superación de la pobreza, avances parciales en derechos humanos, inserción internacional, políticas sociales y culturales, modernización general del país, era mejor no meterse en proyectos y reformas en materia de institucionalidad (nueva Constitución, sistema electoral, etc.) y en el

modelo socioeconómico (papel más efectivo y regulador del Estado, reforma tributaria, etc.) que iban a encontrar oposición en la derecha y probablemente empantanarían o harían muy difícil los avances en los otros campos. ¿Para qué innovar si nos está yendo tan bien, ganamos todas las elecciones y somos la coalición más exitosa de la historia de Chile (esto último sin duda cierto)? era el argumento.

Por otro lado, y relacionado con lo anterior, el ejercicio del gobierno tuvo diversas consecuencias en la conducción y visión política de los dirigentes de la Concertación.

Una de ellas es el sesgo ideológico respecto del modelo socio-económico. De la crítica radical, al punto de colocarlo al mismo nivel de perversión del régimen político en los ochenta, se pasó a una crítica parcial a sus efectos desigualadores, sin entender que, tal como ha dicho la OECD respecto de la educación, el modelo neo-liberal (al que se le dejó de llamar como tal) estaba construido para generar desigualdades y que, al evitar el papel del Estado, éstas no eran meramente efectos sino objetivos buscados<sup>204</sup>. Las críticas radicales al modelo socio-económico planteando un cambio fundamental fueron descalificadas y se impuso la visión oficialista de corregir sólo algunos defectos del modelo. Incluso, las mejores reformas que se promovieron (control de capitales al inicio, previsión al final, por señalar dos ejemplos) no dieron el salto de alterar la estructura y principios del modelo socio-económico<sup>205</sup>.

Una segunda característica del ejercicio de los gobiernos de la Concertación que contribuyó a su incapacidad de completar su proyecto democratizador fue la relación entre el gobierno, especialmente el presidente(a), y los partidos de su coalición. Se ha especulado mucho, en particular, respecto del gobierno de M. Bachelet, sobre la incapacidad de los partidos de apoyar a su gobierno, la ausencia de disciplina respecto de las políticas de aquél, búsqueda de cuotas de poder sin preocupación por el proyecto gubernamental, etc. Es decir, el gobierno y su presidente(a) serían los buenos y los partidos los malos, caricatura que se apoyaría en el diferencial de aprobación que experimentan los gobiernos respecto de los partidos.

Sin negar la responsabilidad partidaria e independientemente de la crítica que se haga a éstos -ya volveremos sobre ello- la cuestión puede ser

---

<sup>204</sup> Incluso hubo ministros y autoridades en el campo económico que hicieron su autocritica de los ochenta reconociendo insólitamente que el régimen militar había sentado las bases de la modernización de Chile, acallando las voces que probaban exactamente lo contrario.

<sup>205</sup> Nada es más ilustrativo en esto que el reemplazo de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza por la Ley General de Educación, en que quedan intactos los principios de competencia y lucro y las estructuras del sistema educativo.

vista también desde otro lado: los gobiernos descuidaron la lógica y los espacios de los partidos debido a su preocupación exclusiva por el cumplimiento programático y por su popularidad<sup>206</sup>. No sólo eso: en varias ocasiones los gobiernos capitalizaron a su favor el desprestigio de los partidos que en gran parte tenían que hacer el trabajo más difícil de sostén del gobierno subordinando su vida y organización internas o la solución de sus conflictos a la lógica del gobierno. En general, los gobiernos y los presidentes -a los que desgraciadamente en un régimen presidencial corresponde al mismo tiempo la jefatura de Estado y el liderazgo de su coalición- no sólo descuidaron a los partidos en una relación puramente instrumental, sino que también los obligaron a votar en el Parlamento muchas veces contra sus propias propuestas acordadas democráticamente<sup>207</sup>.

La lógica del gobierno iba menos en el camino de concentrar energías en la superación de la herencia institucional o socioeconómica del régimen militar y mucho más en la de cumplir su agenda programática o lograr aprobación para su gestión, por lo que, sin disminuir la importancia de la oposición de derecha a lo que hemos hecho mención, no se puso el énfasis y el esfuerzo en lo que hemos llamado completar el proyecto democratizador o el término del ciclo post pinochetista.

## *El debate ausente*

Pero la consecuencia más importante de esta defectuosa relación gobierno y partidos -de la que ambos son responsables- fue la ausencia de debate y diálogo que respetara la lógica de cada cual y que permitiera a los partidos elaborar sus propias visiones para luego concordarlas con su gobierno. Desde los gobiernos se clausuró el debate de la Concertación, exigiendo lealtad a todas las medidas, se hubieran o no consensuado. Y, desde la Concertación, no existieron las estructuras de elaboración y diálogos transversales que permitieran elaborar y debatir visiones y proyectos -como existieron en la época de conformación de la alianza durante la dictadura- para que luego las instancias políticas de los partidos, de la Concertación y del gobierno, tomaran las decisiones.

---

<sup>206</sup> Puede decirse que ello fue diferente en el gobierno de Aylwin, pero en este caso, pese a la mayor preocupación gubernamental por los partidos, primó la visión de una política supra partidaria denominada transversal, que, al no hacerse a través de estructuras orgánicas, ahogó el debate de cada partido y de la Concertación misma.

<sup>207</sup> Como ocurrió, por ejemplo, con la votación aceptando el lucro en la educación, o el voto voluntario, contradiciendo acuerdos unánimes de sus máximos órganos colectivos.

Los centros de reflexión fueron vaciados o se confinaron a la discusión de políticas concretas de gobierno, primando su contenido tecnocrático por encima del debate de ideas y político-ideológico. En este sentido, la perspectiva de núcleos como Expansiva fue la dominante. Las universidades públicas, que en otra época fueron el fuerte del debate intelectual, no lograban recuperarse de su crisis profunda desde la época en que fueron intervenidas y los gobiernos tampoco les dieron prioridad. El debate y la elaboración fueron reemplazados por las encuestas y los medios de comunicación fueron el espacio privilegiado para que la oposición de derecha fijara la agenda de todos los actores políticos, incluido el gobierno. Quizás una de las principales críticas que pueda hacersele a la Concertación y sus gobiernos es no haber hecho el esfuerzo de facilitar la generación de espacios mediáticos pluralistas en que el debate ideológico y político se vinculara a la sociedad. En esta materia, la política de televisión pública, para muchos un modelo ejemplar, fue un fracaso absoluto y contribuyó al distanciamiento entre política y sociedad.

Todo lo anterior, no sólo impidió la renovación ideológica del proyecto de la Concertación, sino que también una autocrítica de lo que estaba haciendo. Los elementos críticos se desconocían o se asumían como el precio necesario a pagar por los aspectos positivos. Mucho más adelante ello debería ser reconocido<sup>208</sup>. La intolerancia desde los gobiernos hacia los sectores de su propia coalición que buscaban alternativas y anunciaban empantanamientos y la falta de estructuras autónomas transversales de sus partidos hicieron imposible el debate autocrítico en la coalición, impidiendo pensar proyectos de futuro y el debate crítico de la propia acción de los gobiernos. Si hubo una lógica predominante ella no fue la de los partidos, ni la del diálogo gobierno-partidos, sino la estrictamente gubernamental.

A partir de la segunda mitad del gobierno de Bachelet, justo cuando el gobierno y la presidenta empezaban a experimentar una curva ascendente de popularidad que alcanzó niveles históricos y cuando se producían divisiones y se vislumbraban elecciones parlamentarias y presidenciales que amenazaban con constituirse en un vuelco a favor de la oposición, se multiplicaron las autocríticas que, en general en estos casos, son la crítica al otro. Se hizo corriente, tanto al interior de la Concertación como fuera de ella, la crítica del desgaste. La misma derecha reorientó su discurso crítico hacia este tema, señalando que la Concertación había hecho una gran obra, pero que ya estaba agotada. Junto a

---

<sup>208</sup> No deja de ser significativo que ninguna de las críticas que hicieron Jorge Arrate y Marco-Enriquez Ominami durante la campaña presidencial de 2009 fuera nueva y que todas ellas se hubieran hecho internamente desde sectores políticos o intelectuales de la Concertación desde hacía mucho tiempo. Pero todas ellas fueron descalificadas y sus autores marginados.

un discurso triunfalista de lo que habían sido los gobiernos de la Concertación surgió la crítica del desgaste en que predominaba el contraste de la primera época con los períodos posteriores, caracterizados por falta de renovación y malas prácticas, sin entender que esas “malas prácticas” eran reflejo de un problema más profundo: la incapacidad de realizar su proyecto histórico y de repensar uno nuevo. Las visiones críticas en el interior de la Concertación que apuntaban precisamente a este déficit de proyecto como causal de prácticas consideradas ahora negativas (pero que siempre estuvieron presentes) fueron aisladas y no tuvieron espacio para expresarse. Todo ello cristalizó en divisiones en los partidos y en la variedad de pre candidaturas y candidatos presidenciales surgidos de la Concertación<sup>209</sup>.

### *La crítica acallada*

La crítica más profunda a la política de la Concertación, desde dentro de ella, apuntaba al hecho de que fue en los primeros períodos de gobierno que se consolidó una forma de gobernar y hacer política que pudo tener éxito al comienzo pero que mostró su cara más negativa más adelante: la política elitista y reducida a las cúpulas, el excesivo poder de operadores políticos, la no renovación de los cargos y la rotación en ellos, así como el intercambio de cargos públicos y privados, la ausencia de debate de ideas, el pragmatismo y posibilismo como los principios predominantes de la acción política. Son, paradójicamente, los mismos temas que algunos hoy consideran que fueron producto del desgaste y que, por lo tanto, no los afectaron cuando ellos ejercían las funciones gubernamentales. De algún modo la famosa distinción entre las dos almas de la Concertación (llámense ellas el centro y la izquierda o el alma liberal vs. el alma socialdemócrata) ocultaban la existencia de una tercera alma, la pragmática, que terminaba siempre imponiéndose y que respondía a exigencias de la lógica gubernamental, donde el principio de transacción aparecía como el desideratum de la política democrática.

Especial referencia, por la relevancia que toma en el debate de instalación del nuevo gobierno elegido el 2010 y en los discursos del presidente electo Sebastián Piñera, merece la cuestión de la denominada democracia de los acuerdos o de los consensos. Se ha señalado que éste fue el rasgo principal de la política del primer gobierno democrático y, tanto gobierno como oposición, la juzgan como causal de su éxito. Lo cierto es que, tanto en términos de sentido

---

<sup>209</sup> Debe distinguirse, en todo caso, aquellas divisiones que expresaban esta problemática, de aquellas provenientes de cálculos oportunistas de poder y protagonismo personales o grupales.

común, como de la literatura sobre el tema desarrollada por la ciencia política, la idea de consenso alude a las bases fundamentales de la convivencia democrática y no acuerdos de gestión o de aspectos puntuales.

Así, en todo el período democrático no hubo verdadero consenso. Las bases fundamentales del régimen y del modelo socio-económico no fueron consensuadas, sino impuestas por la derecha heredera de la dictadura, debiendo la Concertación negociar, sin cambiar el ordenamiento político institucional heredado y sin poder materializar su proyecto democratizador. Se trató de acuerdos obligados, instrumentales, adaptativos y de funcionamiento, y no de principios básicos, que permitieron a la Concertación realizar sólo parcialmente algunos puntos de su agenda bajo el marco impuesto por la institucionalidad y el modelo socio-económico que la minoría electoral y política de derecha buscaba preservar usando su poder de veto<sup>210</sup>. Ni el modelo socio-económico, ni la política frente a la violación de derechos humanos bajo la dictadura, ni la organización de la administración del Estado (regionalización), ni el sistema electoral, ni el ordenamiento constitucional, ni ningún punto fundamental, fueron objeto de consenso o acuerdo profundo. Pero esta política tuvo otros efectos negativos, la indiferenciación política, proyectando la imagen pública de que Concertación y oposición eran lo mismo, que todos son iguales y que todo se negocia instrumentalmente, con lo que se confirmaba la percepción de la política como puro juego de elites y aumentaba la distancia de la gente, especialmente de los jóvenes, con ella.

De modo que la afirmación de algunos, que hubo una Concertación que todo lo hizo bien y otra que se desgastó y llegó a malas prácticas, usando el Estado como botín, es falsa. Si fueran ciertas tales afirmaciones, valdrían para todo el período y para todos los gobiernos de la Concertación, sólo que en un primer momento ello se daba en un clima político-cultural en que primaba la épica del proyecto democratizador y que posteriormente, como hemos indicado, la Concertación quedó atrapada en la incapacidad de completar este proyecto y de generar uno nuevo que, retomando lo inconcluso del primero, reinventara una nueva propuesta para la sociedad del bicentenario.

---

<sup>210</sup> De hecho, esta modalidad, que en un comienzo se hizo como acuerdo extra-parlamentario (primera reforma laboral) entre los líderes de las coaliciones se mantuvo durante todo los gobiernos de la Concertación, a veces de la misma manera (Ley General de Educación, por ejemplo) y, otras veces, en el Parlamento. Los Consejos Asesores de la Presidenta Bachelet o las reformas constitucionales de 2005 del gobierno de Lagos no tienen ninguna diferencia con lo ocurrido en el gobierno de Aylwin, a la que se llamó democracia de los acuerdos o de consenso. Pero se trataba de acuerdos puntuales sobre aspectos específicos que no tocaban los elementos centrales de la institucionalidad y el modelo económico, sino que lo consolidaban y, sobre todo, como ocurrió especialmente en el caso de las reformas constitucionales de 2005, clausuraban el debate sobre el tema.

## *Tensiones y balance*

Pese a sus éxitos en muchos campos, el empantanamiento del proyecto democratizador y la incapacidad de reinventar un proyecto para la sociedad del bicentenario, son el origen del desgaste o crisis de la Concertación: es decir, la dificultad para hacer pasar la sociedad chilena desde la época de la democratización política a la época efectivamente democrática. En este escenario, los partidos se ocupan de sus propios intereses y se orientan simplemente por conservar o mantener sus posiciones en el gobierno y en la sociedad a través del sistema electoral.

En síntesis, los gobiernos de la Concertación estuvieron, de una u otra manera, atravesados por tres tensiones no siempre bien resueltas: entre avanzar en su proyecto democratizador y cumplir con una agenda programática, normalmente fijada a través de las encuestas de opinión; entre la lógica gubernamental que subordinaba a los partidos y la tendencia de éstos a preservar sus identidades y proyectos; finalmente, entre la orientación discursiva de corte más socialdemócrata y una dirección económica de corte más liberal.

El proyecto de la Concertación se agotó sin que hubiera culminado. Y ese proyecto era la democratización del país. Y si bien se conquistó una democracia política, se terminó con la dictadura y se corrigió un modelo económico, no se dio el salto a la época del bicentenario: no se superó la institucionalidad heredada, ni el modelo de desigualdad. No se hizo, en parte importante por la resistencia de la derecha, pero también por la trampa del éxito. Y la trampa del éxito llevó a descuidar el proyecto y a privilegiar la disputa interna por posiciones y poder, al mismo tiempo que, haciendo muchas cosas bien, se descuidaba el estilo, generando descontento y distanciamiento sin proyecto alternativo.

Nada de lo anterior impide reconocer, en un balance general, que el mejor producto de la democratización chilena en perspectiva comparada fue precisamente la Concertación de Partidos por la Democracia, es decir la coalición de centro e izquierda que expresaba todo el aprendizaje de lo que había sido la política chilena antes de la dictadura y en la lucha contra ella.

## II. El nuevo ciclo de la política y la refundación de una fuerza de centroizquierda

Con las elecciones presidenciales de enero 2010 y el triunfo de la coalición opositora de derecha se cierra la época de los gobiernos de la Concertación. Pero, tal como hemos dicho, el ciclo político iniciado en 1990 se había agotado antes, en la medida que, a pesar de los grandes avances y transformaciones introducidas en la sociedad, la Concertación no había logrado completar su proyecto democratizador (institucionalidad y modelo económico heredado) y tampoco había sido capaz de generar otro proyecto que permitiera el salto a la sociedad del bicentenario. Ello se expresó en que las elecciones presidenciales de la primera vuelta se dieron en el mismo escenario del plebiscito de 1988, excepto para el campo electoral de la Concertación que estuvo dividido entre el candidato oficial y un candidato que, sin un proyecto alternativo claro, expresaba el descontento a una política que se consideraba desgastada. La recuperación de este electorado no alcanzó a completarse en la segunda vuelta y las cifras ratifican que la elección, más que ganada por la derecha, fue perdida por la Concertación, en la medida que la primera no aumentó significativamente su votación respecto de elecciones precedentes.

### *Los dos paradigmas de la política chilena*

Los cambios que había experimentado la sociedad chilena bajo los gobiernos de la Concertación no se reflejaron sino marginalmente en el comportamiento electoral, pero ese margen fue suficiente para producir un cambio político profundo.

Este cambio marginal en el electorado puede ser explicado a partir del surgimiento de un nuevo paradigma de comportamiento socio-político que, si bien reducido, penetra a un cierto sector de la población y permea también a capas que, sin sustituir el antiguo paradigma o sustrato tradicional o clásico, lo altera o contamina parcialmente, debilitándolo<sup>211</sup>.

---

<sup>211</sup> En otros trabajos hemos sostenido que en Chile, a diferencia de otros países de América Latina, se mantuvo vigente durante las dictaduras, en los procesos de democratización y en el nuevo régimen democrático, un sustrato político cultural o paradigma en el que se enmarcaban los comportamientos socio-políticos. Este sustrato consistía en que la política operaba como la determinante principal, por supuesto que no exclusiva, de las orientaciones culturales y los comportamientos colectivos y en el caso chileno estaba conformado por una cierta adscripción a una posición social o de clase (alta, media en diversos estratos, popular o trabajadora) y una cierta ubicación en el espectro ideológico político que cristalizaba en un sistema de partidos con claras identificaciones de derecha, centro o izquierda. Durante la dictadura, este sustrato se mantuvo pero a él se agregó otro componente que fue la división autoritarismo-democracia.

Durante todo el período democrático se había mantenido este paradigma o sustrato “clásico”, compuesto, por un lado, por una identificación política clásica con derecha, centro e izquierda y los partidos que la expresan y, por otro lado, por el juicio frente a la dictadura expresado en el SÍ o NO en el plebiscito de 1988. En la década del noventa se produce un primer cambio en el modo como opera este sustrato que deja de ser el referente para todos los ámbitos de la vida social y se reduce al ámbito estrictamente político, siendo ahí el referente principal.

En los últimos años de la década actual, incluso en el ámbito político, este paradigma de acción y, por tanto, de votación, pierde su vigencia para ciertos sectores minoritarios. Para otros, se combina con el clásico. Este nuevo paradigma está vinculado al proceso de descomposición de la clase media y su reemplazo por una multiplicidad de estratos y grupos de alta movilidad que piensan sus vidas, no a partir de estructuras, proyectos e instituciones, sino de oportunidades individuales y sus capacidades personales. Ello está relacionado con el fenómeno de descategorización (la pertenencia a un categoría social deja de fijar las orientaciones y pautas de conducta), desolidarización (pérdida de identificación con causas y grupos o personas más allá del entorno cercano) e individualismo (los otros vistos no como sujetos con sus propios proyectos, sino en referencia a un proyecto individual). La sociedad o el país es un puro espacio de oportunidades, por lo que no interesa cambiarlo o transformarlo en lo que no sea la satisfacción de las necesidades y aspiraciones propias. Así, la política pierde su sentido de visión general e instrumento de transformación (o conservación) y pasa a ser juzgada por su capacidad de satisfacer las demandas particulares, pero también con un criterio de utilidad o eficacia o de estándares mediáticos y de éxito. Para este nuevo paradigma no importan criterios que fueron tan significativos en las clases medias chilenas, como su rechazo a la oligarquía y a la plutocracia o a la excesiva riqueza, y los gobiernos pasan a ser juzgados, no por sus proyectos, sino por su gestión<sup>212</sup>.

Insistamos que este nuevo paradigma no es el predominante, sino que se instala en determinados sectores generando un electorado, minoritario pero significativo, que en elecciones a dos bandos define una elección. Si estuviéramos en presencia de un paradigma nuevo generalizado, no podría entenderse la enorme estabilidad de las votaciones en el actual padrón electoral. La incorporación masiva de nuevos electores con la inscripción automática, en

---

<sup>212</sup> De ahí un menor rechazo entre estos sectores a Piñera y una identificación con su aspecto “exitoso”. De allí también las dos críticas a la política: “los políticos no escuchan a la gente” y “los políticos no sirven”.

el caso de producirse, mostrará hasta qué punto se hace predominante el nuevo paradigma o prevalece el sustrato político cultural clásico<sup>213</sup>.

Pero sería un error pensar que sólo hay la emergencia de un nuevo paradigma de la acción política. También en el sustrato clásico, que predomina en la inmensa mayoría de los chilenos y que muestra a la sociedad dividida en dos bandos, cristaliza un cierto clima de descontento con la política, en parte por frustración de expectativas, en parte por el modo como los medios de comunicación desprestigian la política, en parte por problemas derivados del comportamiento de la clase política y en parte, también, por contaminación con elementos del nuevo paradigma. Aquí no hay nuevo paradigma, ni rechazo de la política en sí misma, sino crítica a los mismos actores con que se identifican los votantes del sustrato tradicional<sup>214</sup>.

### *Los proyectos políticos hacia el futuro*

Quizás el efecto más importante del surgimiento de este nuevo paradigma, mayor que el electoral, es que él constituye la visión que el presidente electo querrá imponer en la derecha y en la sociedad chilena, como lo muestran tanto su discurso al celebrar su triunfo en la segunda vuelta, como sus discursos respecto de un gobierno de unidad nacional y las insinuaciones de incorporar en sus equipos personas provenientes de la Concertación. La idea de una política que supera temas del pasado y que rechaza divisiones ideológicas, no sólo es funcional a este nuevo paradigma, sino también a la necesidad de distanciarse del sustrato político predominante en la derecha (el legado del autoritarismo y que lo expresa la UDI). Lo que intentará probablemente Piñera será el fin de la política y su reemplazo por la gestión de gobierno. Esto es lo que algunos han llamado "piñerismo". Pero, reconocer la existencia de esta propuesta, no significa que ya es una tendencia consolidada: no hay nada en el electorado básico de la derecha que permita afirmarlo, es una apuesta de quien no es expresivo de su sustrato político sino sólo de una de sus vertientes. Recordemos que la derecha chilena históricamente tiene una impronta autoritaria y otra oligárquica o plutocrática. Piñera no se identifica con la primera, aunque sí con la

---

<sup>213</sup> Un estudio reciente del Proyecto Iniciativa Científica Milenio, Centro de Investigación en Estructura Social de la Universidad de Chile, confirma desde una perspectiva más antropológica esta hipótesis general de los dos sustratos o paradigmas. Ver Azócar Carla, Azócar Carlos y Mayol, Alberto "El Chile profundo. Mitológica de la desigualdad" (manuscrito, 2010).

<sup>214</sup> Esto es exactamente lo que significó el voto por Marco Enríquez-Ominami, que aparece menos como proyecto alternativo que como catarsis de descontento en sectores que no reniegan o desconocen las opciones políticas.

segunda. De modo que queda por verse si en el gobierno de derecha triunfante primarán las fuerzas más ligadas al pasado autoritario que constituyen la mayoría parlamentaria de la coalición que gobernará desde marzo del 2010, o el presidente será capaz de imponer su idea de un gobierno más amplio que no retroceda en los avances democráticos hechos por la Concertación sino que, como lo afirmara en su campaña, "lo haga mejor". Ello haría triunfar el paradigma del fin de la política.

Desde el punto de vista de la oposición al gobierno de Piñera, lo que está en cuestión es la capacidad de constituir una fuerza que exprese al sustrato de la gran mayoría sociológica de centroizquierda del país (al menos el 55% del electorado como lo mostró la primera vuelta presidencial). Esto implica tres cuestiones. En primer lugar, reconstituir un proyecto ideológico-político que exprese a esta mayoría sociológica. En segundo lugar, está la cuestión de los actores políticos que encarnen este proyecto, lo que tiene que ver con el futuro de la Concertación. En tercer lugar, y éste es un hecho inédito en el período democrático, todo ello debe hacerse desde la oposición al gobierno.

En relación a un proyecto que exprese un horizonte de centro e izquierda, lo primero es reconocer lo que hemos señalado respecto al carácter incompleto del proyecto democratizador de la Concertación en los dos puntos ya mencionados: nueva institucionalidad y generación de un nuevo modelo de desarrollo productivo y redistributivo que ponga la igualdad como el eje central. Pero la formulación de un nuevo proyecto que incorpore estas metas no realizadas enfrenta hoy un dilema sobre cómo se concibe un proyecto político que debe ser fundado o refundado. Una primera manera de pensar un proyecto es cómo se satisfacen las necesidades e intereses de individuos y grupos sociales o los pisos mínimos para todos. Y para eso se hacen encuestas y se establecen una serie de medidas que hay que exigir a un gobierno y para las cuales hay que elaborar un conjunto de propuestas programáticas, con lo que necesariamente la política se remite a una cuestión de gobierno y tecnocracia. La otra es pensar a partir de una crítica a la sociedad, donde la política tiene la misión de cambiar la sociedad.

Una crítica a la sociedad más allá de una crítica a la gestión y a la actividad política enfrenta, a su vez, dos problemas. Primero desde dónde se hace, a partir de qué teoría o visión de ella, cuando hoy no existen teorías críticas que permitan pensar utopías a partir de un eje central (como eran el socialismo desde la izquierda, o el neoliberalismo desde la derecha, o incluso la democracia desde el centro y la izquierda en épocas dictatoriales)<sup>215</sup>. Segundo,

<sup>215</sup> Independientemente del acuerdo o no que se tenga con ellos, hay proyectos de sociedad en países vecinos que no encontramos acá.

el nuevo paradigma de la política que busca imponerse encuentra eco en una población en la que grandes sectores no quieren cambiar la sociedad, les gusta como es y sólo quisieran acceder a todos los bienes que ofrece sin importarle el sentido general de la vida en comunidad política.

De modo que, la primera cuestión a resolver es en torno a qué idea central e irrenunciable se piensa una propuesta de centro e izquierda. Para ilustrar, pensemos en la similitud -no de contenido sino de situación- con lo que fue la experiencia original de la Concertación y, más aún, de la renovación socialista, cuyo producto final fue la Concertación. Se trataba de resolver, a la vez, la cuestión de un proyecto para el campo de la oposición a la dictadura y de unificar y reestructurar una oposición política dispersa. La idea de democracia y de su transición surgió como la idea central unificadora en torno a la cual se llevó a cabo el proceso propiamente de reorganización partidaria. El surgimiento y desarrollo del proyecto de la Concertación fue paralelo a la recomposición de los partidos y renovación de su liderazgo. Se trató de un proceso y, si uno mira el modo como se han constituido los proyectos políticos en Chile, encontrará similitudes: confluencia de actores y partidos políticos que deben proceder a procesos internos de recomposición, a veces de divisiones, a veces reunificaciones, generación de nuevos referentes, junto con la generación de múltiples espacios de encuentros, investigaciones, foros y -ahora indispensable- de comunicación mediática. Se trata de un proceso de movilización de ideas y debates en todos los niveles, como ocurrió en la década del ochenta en situaciones más difíciles pero quizás más propicias por lo acuciante y épica.

Es evidente que en el campo de centroizquierda existen sensibilidades e ideas que combinan las clásicas utopías de igualdad, libertad y solidaridad y que su referencia tiende a ser la socialdemocracia. Pero también es cierto que todo ello no ha cristalizado aún en una nueva idea central que dé sentido a la diversidad de propuestas con que hay que enfrentar la vida política diaria y las demandas de la gente<sup>216</sup>. Porque un proyecto está hecho tanto de ideas que exigen un masa crítica de elaboración y debate, como de aspiraciones a las que

---

<sup>216</sup> Esta idea fuerza central, esta imagen de la sociedad que se quiere, debiera encarnarse en diversos ámbitos específicos como propuestas programáticas. Sin entrar a un tema que no corresponde tratar aquí señalemos por lo menos que cuestiones como la redistribución drástica del ingreso y la desconcentración de la riqueza y la propiedad en diversos campos, lo que supone un nuevo modelo productivo, el que a su vez exige un nuevo proyecto medioambiental, la configuración de un sistema de medios de comunicación pluralista y descentrado, la descentralización que convierta a las regiones y espacios locales en verdaderos ejercicios de democracia y autogobierno dentro del Estado nacional, el papel dirigente del Estado y la estructura de participación ciudadana que lo controle, son, al menos, parte insustituible de un proyecto de centroizquierda

responder, al que hay que construirles un relato que les dé sentido colectivo, lo que remite a la capacidad de representación, la que, a su vez, refiere a las reformas y actores políticos<sup>217</sup>.

## ***Actores políticos y el futuro de la Concertación en un escenario de oposición***

El campo político que expresa al espectro sociológico del centro y la izquierda en Chile ha estado ocupado en estos veinte años por la coalición gubernamental de centroizquierda, la Concertación de Partidos por la Democracia (conformada por la Democracia Cristiana, Partido Radical Social Demócrata, Partido Socialista y Partido por la Democracia), por el Partido Comunista -eje de la coalición Juntos Podemos- y otros partidos de izquierda, como el Humanista. También podría considerarse parte de este campo, desde el centro, al Partido Regionalista Independiente y, más a la izquierda, la mayor parte de los sectores que apoyaron la candidatura de Marcos Enríquez-Ominami, aunque no se sabe aún de su permanencia como referente orgánico. A lo que hay que agregar una enorme cantidad de actores sociales y personas independientes que se definen de centro o izquierda.

Sin duda que el actor político central de este campo y también del país ha sido la Concertación. Pero el hecho de que sus dos ejes básicos -la lucha contra la dictadura y los gobiernos democráticos que encabezó- ya pertenecen al pasado, hace surgir la duda sobre su futuro. Para algunos, el hecho de la desaparición de estos dos ejes permite afirmar que la Concertación ha muerto. Para otros, se trata de renovarla a partir de la oposición a Piñera y el pacto parlamentario. Unos hablan de refundación y otros de su ampliación a nuevas fuerzas.

Lo que está en juego, a nuestro juicio, es la constitución política del campo sociológico del centro e izquierda. Sectores que apoyaron a Marco Enríquez-Ominami apuntan a constituir un nuevo referente partidario que se constituya en el nuevo eje de este campo. La candidatura de Jorge Arrate y Juntos Podemos apuntaron a reconstituir el eje clásico de la izquierda clásica como primer paso para una alianza más amplia. En la Concertación no ha habido explícitamente una definición de cómo actuarán en el nuevo escenario político y las tendencias principales son buscar la renovación interna de los

<sup>217</sup> En cuanto a la reforma política pendiente, lo he abordado en mi libro *Del post pinochetismo a la sociedad democrática. Política y globalización en el bicentenario*. Random House, Santiago, 2007; y en el artículo reciente *Problemas heredados y nuevos problemas en la democracia chilena. ¿Hacia un nuevo ciclo?* en *Economía, Instituciones y Política en Chile*. Gobierno de Chile, Ministerio Secretaría General de la Presidencia. Serie Estudios. Volumen IV. Santiago 2009.

liderazgos partidarios considerados fracasados por la última elección y también, en algunos casos, constituir un referente generacional que, además de ocuparse de sus propios partidos, asuma la refundación de la Concertación, sin que esté explícito cuáles serían sus componentes.

Un nuevo proyecto para el centro y la izquierda debe elaborarse en forma transversal, a través de múltiples instancias en que participan los actuales partidos, los nuevos referentes que se constituyan, con presencia de actores sociales y el mundo cultural e intelectual (cabe insistir en el símil con la Renovación Socialista y los orígenes de la Concertación). Sería un error oponer ciudadanía a partidos políticos, como se hace frecuentemente.

Políticamente, es posible pensar en un espacio de geometría variable, con alianzas y subalianzas, en que cada sector se sienta cómodo. No pareciera adecuado prescindir de la existencia de la Concertación. Sigue siendo el sector mayoritario política, institucional y socialmente (al menos la suma de los partidos) del campo de centroizquierda, y tiene una fuerza sociológica superior quizás a su prestigio político. Es el conglomerado que tiene mayor diversidad ideológica en la medida que incorpora también a los sectores progresistas socialcristianos. Es cierto que éste es un elemento que produce reacción negativa en determinados ámbitos de la izquierda, pero si el mundo socialcristiano quedara fuera del campo político de la centroizquierda, su electorado sería presa de la cooptación de derecha. Del mismo modo que la izquierda clásica y nuevos referentes de izquierda neo-modernos (parece discutible el término post moderno) deben tener su espacio en la fuerza de centroizquierda, también lo debe tener el progresismo de origen cristiano. Dicho de otra manera, la construcción de una fuerza política de centroizquierda tiene varios ejes, uno de los cuales imprescindible es la Concertación, por lo que la renovación de sus partidos y su refundación deben hacerse en esta perspectiva.

Se ha insistido por parte de muchos en que la tarea de renovar o refundar la Concertación corresponde, principalmente, a una nueva generación, lo que se confunde a veces con el tema de "los nuevos rostros" o del espacio para los jóvenes. Cabe recordar que en Chile, en la derecha, el centro o la izquierda, la fundación de nuevos proyectos políticos y partidos (pensemos en la Falange en el centro, en el MAPU, MIR y Renovación Socialista en la izquierda, o la UDI en la derecha) estuvo vinculada siempre, y más allá de la presencia de un sector juvenil significativo, a una propuesta ideológica que transformaba dicho sector en una generación política. Es decir, una generación política en sentido estricto no se define en términos etarios, sino que ideológicos, y ello atraviesa todas las edades (así, una "generación política" es transgeneracional en términos de edades). No parece que el problema en Chile sea el del recambio de grupos de

edades. Ello sólo tiene sentido si está asociado a un nuevo proyecto histórico y, hasta el momento, aparece más como la búsqueda -perfectamente legítima- de espacios y oportunidades grupales, que como la emergencia de un nuevo proyecto. Dicho de otra manera, el verdadero recambio generacional se producirá cuando haya un nuevo proyecto para el centro y la izquierda, no antes.

El desarrollo de un proyecto político de centro e izquierda y la reconstrucción de una fuerza política que lo exprese, se hace por primera vez en el régimen democrático desde la oposición, al menos para la Concertación que es hasta ahora, al menos virtualmente, su principal aunque no único componente.

Ello significa dos cosas. Una, que no cuenta para la realización de su proyecto con el Estado ni el gobierno y, por tanto, que su labor de vinculación con la ciudadanía se hará, no a través de políticas públicas (las que teóricamente en el próximo gobierno serán contradictorias con sus propuestas), sino en términos mediáticos, para lo que deberá buscar los instrumentos de los que actualmente carece, así como a través de espacios de encuentros que deben también crearse. La otra, que deberá enfrentar en el parlamento y otras instancias el proyecto del nuevo gobierno. El debate mediático ha buscado encerrar a esta futura oposición en los temas de la democracia de los acuerdos y de su carácter constructivo, haciendo muy tempranamente una distinción entre una oposición que querrá el bien del país y una oposición revanchista. Algunas voces de la Concertación se han hecho eco de estas visiones. La cuestión de fondo es que se estará en la oposición y que ante las políticas de gobierno habrá que proponer alternativas cuando éstas contradigan el proyecto propio, las que deberán ser zanjadas por el debate y la decisión parlamentaria y no a través de algún otro tipo de acuerdo que se salte el debate político.

Pero no hay que olvidar que existe cierta incertidumbre sobre cuál de las "almas" de la nueva coalición gobernante se impondrá, si la que expresa su propia mayoría parlamentaria de origen y corte autoritarios, o si la visión que quiere establecer el presidente. En presencia de esta incertidumbre, la oposición -en la que estará la Concertación- deberá condicionar el apoyo a cualquier proyecto, por menor que parezca, a que no haya ningún retroceso en materia de verdad, justicia y reparación en derechos humanos, en el control del mercado por parte del Estado y en los derechos sociales adquiridos, así como que haya algún avance en términos de una nueva institucionalidad, partiendo por el cambio del sistema electoral.

Quizás la mejor manera de poner en marcha esta nueva etapa para la oposición que se constituye sea proponerle al país y al nuevo gobierno una agenda para la superación de los dos temas pendientes del proyecto democratizador de la Concertación: un Acuerdo para la Igualdad y un Acuerdo

para una Nueva Institucionalidad (Constitución). Y condicionar al avance de esta Agenda -como lo hizo la oposición de derecha en su momento- el apoyo a otras iniciativas.